



Excmo. Sr. D. Giuseppe Cassini  
Embajador de la República de Italia

## La religión en Oriente Medio: identidad de los pueblos, uso como recurso de movilización, papel en la lucha contra el totalitarismo religioso

Como bien dice el texto de introducción a este Seminario: “Oriente Medio es la cuna de las tres religiones monoteístas”. Pero quisiera añadir que es una cuna estrecha: no tanto porque la región sea poco extensa, sino porque las tres son –entre comillas– “religiones totalitarias”, es decir, que infunden y dictan a sus fieles una visión integral de la Verdad, una Verdad revelada directamente por Dios a través de un Libro Sagrado. Lo que, evidentemente, no admite dudas teológicas mayores y rechaza cualquier forma de irenismo o relativismo.

La novedad histórica de esas religiones -tras siglos y siglos de superstición idolátrica– fue la noción del Dios único y trascendente. Es éste el principio que las hermana: y no es casualidad que este principio se decline de manera muy parecida en las tres religiones (“no tendrás otro Dios fuera de mí” recita el primer mandamiento que el musulmán traduce como “*la illàh illalàh*”, rezando en la mezquita).

Una hermandad, sin embargo, que no garantiza la concordia en esa Tierra demasiado Prometida: como ocurre en muchas familias (en italiano decimos *fratelli coltelli*, hermanos cuchillos). Después de que en la misma cuna del judaísmo nacieran y crecieran juntos, primero el cristianismo y por último el Islam, la cuna se volvió demasiado estrecha, la cohabitación a menudo tempestuosa. Naturalmente hubo altas y bajas, según la página del Libro Sagrado que los fieles quisieran leer cada vez que estallaba una “crisis de cohabitación”.

Hay páginas de la Biblia muy sangrientas, desde donde sube una súplica a “Yahvé Sabaoth” (al “Dios de los Ejércitos”); y otras páginas que llaman a la reconciliación. Hay páginas del Corán que invitan al fiel a la *rahme* (la misericordia) y a un esfuerzo personal para alcanzar un nivel superior de humanidad (¡la palabra *jihad* significa eso!); pero hay páginas que ordenan en casos precisos, lanzar contra el infiel la “*jihad pequeña*” (que nosotros traducimos con “guerra santa”). Hay páginas del Evangelio –la mayoría– empapadas de amor al próximo, de perdón al enemigo; pero hay páginas de nuestra historia cristiana –muchas– empapadas de sangre (y no siempre de sangre infiel. En 1099 los Cruzados que habían salido de Europa para *soi-disant* liberar el Santo Sepulcro y derramaron más sangre cristiana que musulmana o judía).

\* \* \*

Hoy la pregunta es la misma que ayer y que anteayer: ¿cómo lograr una cohabitación pacífica entre todos los que comparten la cuna estrecha de Oriente Medio?

La primera respuesta que me sale es el chiste irónico de Woody Allen que leí en un libro suyo -muy divertido- de citas bíblicas: “*El león y el cordero yacerán juntos, pero el cordero no dormirá mucho*”. Chistes aparte, sería ilusorio esperar una “paz de los bravos” en Palestina mientras que el león siga teniendo en sus garras un cordero arrodillado y humillado, el cordero palestino... y los cohetes de Hamás no sean más que inútiles cornadas de un cordero capaz de herirse sólo a sí mismo. En similar situación de desdicha se halla Líbano, que ha vuelto a ser blanco de la codicia

de algunas naciones poderosas, vecinas y lejanas... y despachar un crucero lanza-cohetes como el “Cole” a lo largo de la costa libanesa no ayuda por cierto a la distensión.<sup>29</sup>

Cuando pienso en la crisis de Oriente Medio, siempre me viene a la cabeza la definición que dio Zapatero en su primer discurso ante las Naciones Unidas, en 2004: ese conflicto “es *el tumor primario de múltiples focos de inestabilidad*”.

Claro, cuando un pueblo se halla enfrentado a tragedias como ésta, cada ciudadano –en ausencia de estructuras estatales que lo protejan– se ampara en su religión o en su clan, bajo el extremo bastión de defensa de su identidad amenazada. Es una reacción de autodefensa natural, sobre todo en los pueblos que sufrieron por ser minorías de vez en cuando perseguidas: judíos, chiítas, drusos, alauitas, cristianos de Oriente. Si tuviera más tiempo, podría relatar muchas anécdotas que me ocurrieron durante el servicio diplomático: encontré bereberes aislados en la montaña de Argelia, coptos olvidados en el oasis egipcio de Fayum, drusos del Golán atrapados entre Israel y Siria, una docena escasa de católicos escondidos en las ruinas de Mogadiscio.

Nadie, sin embargo, me dejó una impresión más fuerte que los chiítas libaneses: tras siglos de sumisión bajo el Imperio Otomano y de inferioridad en relación con los sunitas, el Imam Musa Sadr -hombre carismático que los cristianos mismos invitaban a hablar en las iglesias de Beirut- supo despertar la conciencia chiíta libanesa bajo la bandera verde de *Amal* (“esperanza” en árabe). Cuando la guerra civil estalló en 1975, nadie quiso escuchar su llamada a la *musàlaha*, a la reconciliación nacional; entonces se fue peregrinando por las capitales árabes, en busca de apoyo a su plan de paz civil, hasta que en agosto de 1978 encontró en Trípoli su trágico destino; al salir de una entrevista con Gheddafi, desapareció. Y su desaparición está todavía envuelta en misterio, el imaginario colectivo de los chiítas oprimidos le hizo subir al empíreo de los “doce Imames”.

Así nace un mito fundador, que Hezbollah también usa hoy como recurso de movilización. Este Movimiento nacido en los años ochenta de la mano de la “obstétrica iraní” supo crear, bajo la bandera amarilla, una organización capilar única en el mundo: centros sociales, hospitales, mezquitas, una milicia acorazada por una fe inquebrantable y una disciplina de hierro. El potencial guerrillero de Hezbollah es lo que más teme Israel, mucho más que el potencial militar de Irán o Siria. Cada vez que he tenido ocasión de encontrar a Hassan Nasrallah y de charlar con él en privado, me he quedado impresionado por su carisma: una mezcla de blandura en sus maneras y de firmeza en su acción. Un líder ajeno al fanatismo, pero implacable cuando hace falta. En el Occidente cristiano podría compararse con un legionario de Cristo.

Me he extendido hablando de los chiítas porque es un fenómeno crucial para entender las implicaciones religiosas de la crisis de Oriente Medio. El fundamentalismo fanático de los sunitas partidarios de la doctrina *wahabita* choca contra el fundamentalismo chiíta. La historia de los chiítas es menos una historia de fanatismo que una historia de persecución, y ahora de rescate: un rescate alentado por Irán, único país dirigido por un gobierno chiíta (desde el siglo XVI). No debe olvidarse, por favor, la historia persa: una nación acostumbrada a acoger a sectas religiosas del Este y del Oeste, una nación donde en 1917 buscaron un refugio seguro los armenios que huían del genocidio otomano y, a continuación, los judíos que huían del Holocausto. Iraq, Líbano, Bahrein cuentan con una población de mayoría chiíta; hay países como Siria, Arabia Saudita, Afganistán, Pakistán que cuentan con importantes minorías chiítas; pero Irán solamente tiene la fuerza para guiar el rescate. Es un movimiento irrefrenable: quien no sabe medir su trascendencia histórica no puede luchar eficazmente contra el totalitarismo religioso. Así como no se deben descuidar las motivaciones políticas, la frustración psicológica, la presión ideológica que empuja al aspirante *shahid* (aspirante mártir) a escoger el camino del *jihad* hasta la muerte.

---

<sup>29</sup> Sin hablar de Iraq, escenario de una ocupación militar donde se inició una guerra civil devastadora en lugar de la democracia. Es un caso paradigmático de lo que ocurre cuando el invasor destruye la estructura de poder existente (es decir, el Baath, un partido convertido en Estado, y en las Fuerzas Armadas) sin haber “prefabricado” una alternativa. El resultado es que el pueblo busca su seguridad en su propio clan o secta religiosa u otra forma de afiliación no estatal.

\* \* \*

El ataque del 11 de septiembre produjo dos reacciones opuestas: de un lado, una ola ciega de contraataques militares que trataron de aplastar el terrorismo islámico como si fuera un enemigo físico, un blanco individualizado; por otro lado, hubo gobiernos y organizaciones conscientes de que el desafío terrorista no se podía hacer frente con recursos simplemente militares. Un ejemplo: el Gobierno turco trató de aplacar la ola de emoción consecutiva al 11 de septiembre, organizando en febrero de 2002 una reunión en Estambul a la que asistieron los 15 mandatarios de Gobierno de la Unión Europea y 57 de la Conferencia Islámica. El propósito declarado era –como decía el comunicado oficial– “intercambiar opiniones sobre la actual situación política del mundo y promover la comprensión y la armonía entre las respectivas civilizaciones”. El objetivo no declarado era rechazar el riesgo de un enfrentamiento mayor entre el Islam y Occidente.

El Forum de Estambul terminó con un comunicado de prensa que subrayaba unos principios unánimemente compartidos:

- Las culturas se fortalecen y se enriquecen recíprocamente por el hecho de sus diferencias;
- Los prejuicios raciales, religiosos y culturales pueden derrotarse por un mejor conocimiento recíproco y promoviendo valores comunes, como los que están inscriptos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos;
- El recurso al terrorismo no puede justificarse bajo ningún pretexto y es responsabilidad común contrarrestarlo en todas sus manifestaciones.

Al terminar la reunión el Emir de Qatar, que presidía entonces la Organización de la Conferencia Islámica, lanzó una invitación a reunirse en Doha por segunda vez, el año siguiente. Sin embargo, Washington había iniciado los preparativos del ataque contra Iraq; y cuando Qatar tuvo que acoger en su territorio la central del comando americano para las operaciones bélicas, la invitación del Emir se volvió impracticable.

Pues ningún gobierno se ofrecía a hospedar una segunda reunión ministerial, en marzo de 2003. Yo me atreví a redactar una propuesta de creación de un Forum Permanente dedicado a recomponer la fractura entre el Islam y Occidente, que se estaba agravando con el ataque a Iraq. Puesto que las relaciones entre la Unión Europea y la Organización de la Conferencia Islámica no están sometidas a reglas fijas, propuse un abanico de tres diversas fórmulas de Forum Permanente:

- a) una reunión periódica ministerial como la de Estambul, que marcara una continuidad institucional con la precedente aunque condicionada por la misma rigidez formal;
- b) un encuentro periódico entre personalidades influyentes de la sociedad civil (intelectuales, religiosos, inclusive políticos pero a título personal y no como miembros de gobierno);
- c) un Forum de Autoridades locales con la participación activa y libre de calificados “opinion leaders” de la sociedad civil.

La segunda o la tercera fórmula me parecían más apropiadas para desatar los nudos que bloquean la distensión religiosa. Es un hecho probado, de veras, que los gobiernos de unos países musulmanes no gozan de la misma popularidad que sus personalidades religiosas y civiles. Además, la fórmula no ministerial permitiría invitar también a los disidentes y –más en general– a los espíritus críticos de cualquier régimen.

En mi opinión, una primera sesión del Forum Permanente habría tenido la tarea de despejar todas las sospechas y acusaciones recíprocas: de un lado la acusación de neo-colonialismo contrabandado como misión modernizadora y, por otro lado, la acusación de debilidad frente a la violencia del integrismo islámico. En los encuentros siguientes habría sido preciso poner en el orden del día el problema crucial del mundo islámico: es decir, la separación definitiva entre el poder religioso y el poder civil. Sin omitir otros asuntos básicos como los derechos del Islam en Europa, la tutela de la presencia cristiana en los países musulmanes, la introducción en aquellos

países de un sistema de “check and balance” que, sin necesariamente copiar el modelo occidental, les asegurase un desarrollo democrático.

\* \* \*

Al poco tiempo me di cuenta con mucho alivio que más de un gobierno, más de una organización religiosa, más de una institución cultural lanzaban iniciativas similares a la que yo había sometido a mi Ministerio de Asuntos Exteriores en 2003. La Comisión Europea también decidió organizar una conferencia euro-islámica, que se celebró en Viena bajo la presidencia austriaca de la UE en el primer semestre de 2006.

Muchas son las iniciativas llevadas a cabo, pero me gustaría subrayar una en particular: la que está realizando el Gobierno español bajo el nombre de Alianza de Civilizaciones, con el fin de enfrentarse al terrorismo internacional por otra vía que no sea la militar. En septiembre de 2004, pocos meses después de que Madrid hubiera sido herida por el terrorismo islamista, Zapatero hizo un llamamiento a la Asamblea General de la ONU: “*El terrorismo no tiene justificación. Como la peste. Pero como ocurre con la peste se deben conocer sus raíces, se debe pensar racionalmente cómo se produce, cómo crece, para combatirlo racionalmente*”. Al llamamiento de Zapatero respondieron el Secretario General de la ONU, el Primer Ministro turco Erdogan, el Presidente de Irán Jatami, la Liga Árabe y una veintena de países de Europa, Asia, África y América Latina. Kofi Annan formó un grupo de 18 personalidades de alto nivel (Desmond Tutu, Jatami, Jorge Sampaio...) para presentar un plan de acción, en el marco del cual el pasado enero se inauguró por fin en Madrid el I Foro de la Alianza de Civilizaciones. Quiero añadir aquí un detalle: ¿saben de quién había recuperado la idea Zapatero? Del entonces Presidente iraní Jatami, que después del ataque de 11 de septiembre había propuesto ante la ONU el desarrollo de un *Diálogo entre Civilizaciones*.

Viviendo ahora en Roma no puedo omitir la reciente iniciativa que está llevando a cabo el Vaticano con un número importante de personalidades religiosas musulmanas y cristianas. También en este caso la iniciativa salió del mundo islámico: el octubre pasado 138 religiosos de todas las confesiones musulmanas (sunitas, chiítas, ismaelitas...) dirigieron al Papa y a los jefes de otras confesiones cristianas una misiva abierta que postulaba el diálogo interreligioso: fue un gesto de alto valor, que el Vaticano contestó hace días encargando a un grupo de trabajo interconfesional la preparación de un Forum católico-musulmán, del 4 al 6 de noviembre en Roma. Los temas serán bastante vagos para evitar el riesgo de un fracaso: “Amor de Dios, amor al prójimo – Dignidad humana y respeto recíproco”. Conociendo un poco al cardenal Jean-Louis Tauran, Presidente del Consejo vaticano para el diálogo interreligioso (que además sirvió en Líbano como diplomático en la Nunciatura), no cabe duda de que esté organizando el Forum como una cita seria.

\* \* \*

Sin embargo, son muchas las incógnitas que dejan planear una nube de incertidumbre sobre estos ejercicios de buena voluntad.

**Primero**, el radicalismo islámico. El ataque injustificado a Iraq, la guerra en Afganistán, el permanecer en tierra musulmana de millares de “cruzados” (así los partidarios de la “jihad” llaman a los ejércitos occidentales) alienta el debate teológico desde Casablanca hasta las *madrasas* de Pakistán. Es muy instructivo leer en Internet el enfrentamiento entre Zawahiri, número 2 de Bin Laden, e Imam el-Sherif, mentor espiritual de Zawahiri en Egipto. Desde su cárcel en El Cairo Imam el-Sherif publicó en noviembre un “auto de fe” abjurando de la lucha armada; desde su cueva en la montaña afgana contesta ahora Zawahiri con un documento largo, 358 páginas, donde reafirma sus razones y su fe indefectible en la validez de la lucha armada. Una diatriba teológica más que política, que evoca la Europa de la Edad Media.

**Segundo**, el integrismo cristiano. La ola “neo-con” que ha inundado los Estados Unidos y parte de Europa no anima al uso de la razón en el trato con los “infielos”. La ignorancia de los principios teológicos y morales que enriquecen otras religiones engendra, en Europa y sobre todo en América, miedo y sospecha. Navegando por Internet descubrí un blog –¡uno más!– que levanta gritos contra la islamización de nuestro continente. Es un blog en español, se llama *Eurabia* y tiene el único fin –se lee– de “contrarrestar las opiniones sobre las maravillas y bondades del Islam”. Es un torrente de acusaciones: contra los europeos moderados que son víctimas del síndrome de Estocolmo, pues no ven el peligro musulmán; contra los políticos como Javier Solana, que afirmó que el terrorismo “tiene mucho que ver con un mundo injusto”; contra los alcaldes de Roma que autorizaron la construcción en la “Ciudad Santa” de la mezquita más grande de Europa.

**Tercero**, la retirada de los cristianos de Oriente Medio. Los cristianos de Oriente Medio son pocos millones, pero pertenecen a ello y constituyen una riqueza incomparable. Huir, abandonar sus tierras es una lástima muy grave. En Iraq, de un millón y medio de sirios y caldeos quedan un tercio; ni la muerte reciente del obispo caldeo de Mosul justifica la emigración. En Líbano, desde hace un siglo son los cristianos –mucho más que los musulmanes– los que emigran por todo el mundo. En Egipto los coptos, a pesar que ser la minoría cristiana más numerosa en Oriente Medio, parecen vivir un ocaso inquieto.

Está maduro el momento, quizás, de suscribir con la “umma el-islamiya” un pacto de convivencia, como el que firmaron en Westfalia las naciones europeas en 1648, tras 30 años de guerra religiosa devastadora.

Roma, marzo de 2008